

# *Érase una* **MUJER**

*Escrito por*  
Vera Carvajal

*Ilustrado por*  
Lizardo Carvajal



*Prólogo de*  
Florence Thomas

LuaBooks 



Érase una mujer  
ISBN: 978-958-58952-5-6  
Segunda edición: mayo de 2015

Primera edición: marzo de 2015

© 2015 Luabooks S A S  
www.luabooks.com  
Bogotá D.C., Colombia

Textos: Vera Carvajal Hurtado  
Ilustraciones: Lizardo Carvajal Hurtado

Diagramación: Juan David Saab  
Corrección de estilo: Melisa Restrepo Molina, Mario Carvajal

*Agradecimientos especiales a todos los lectores que con su apoyo han hecho posible esta segunda edición.*

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio sin permiso del Editor.

Impreso por Luabooks S A S  
Impreso en Colombia

*érase una*  
**MUJER**

Escrito por:  
Vera Carvajal

Ilustrado por:  
Lizardo Carvajal

LuaBooks 

*"En el teatro de la memoria,  
las mujeres son sombras ligeras..."*

Georges Duby y Michelle Perrot

Éranse veintidós historias de mujeres: veintidós historias que atraviesan el tiempo y el espacio; veintidós historias emblemáticas que fueron escogidas entre muchas otras posibles. Historias que andan por el mundo y surcan los siglos y que nos devuelven la certidumbre de que siempre las mujeres estuvieron de alguna manera presentes en el mundo, a veces calladas, otras veces ocultas, a menudo controladas, casi siempre sumisas a culturas patriarcales que buscaron la manera de silenciarlas y mandarlas al patio de atrás. Probablemente para no tener que enfrentar ese poder cósmico que tienen ellas de dar la vida, y que ellos no logran asumir. Y no solo de dar la vida sino de cuidarla, de hacerla fluir a como dé lugar y finalmente de lograr vencer el desorden, el caos y la desolación generada por las miles de guerras de los hombres.

*Érase una mujer*, un libro espléndidamente ilustrado con veintidós mamushkas, una por cada historia. Un libro que nos muestra que hay miles de maneras de escribir una historia de las mujeres, de las mujeres del mundo, una historia que nos recuerda su fantástica soberanía —destinadas tradicionalmente a la soledad de la reproducción materna— cuando se atreven a enfrentar un mundo hostil y nunca pensado para ellas, cuando resuelven tomar la palabra, empujar la puerta de sus castillos para huir

de la sombra de lo doméstico, usar la extraña magia de su piel olorosa, volver lo imposible posible o revivir una memoria que no se puede perder, a veces inventándose pociones que trastornan a los hombres, pero siempre para recordarnos que ese mundo es mixto, es plural y que la humanidad sin ellas hubiera naufragado inexorablemente.

Hoy, y después de siglos de silencio, existen múltiples historias de las mujeres. Sin embargo, ese largo silencio indica que la pregunta de saber si su historia tenía algo de interesante carecía de sentido y ni siquiera se planteaba. Además, ¿qué se podía saber de las mujeres y a quién le interesaba escucharlas cuando manifestaban tener algo que decir? Recordemos que las mujeres, con algunas excepciones que justamente son las que se recogen en *Érase una mujer*, no tenían ni cuerpo ni palabra. Ya nos lo había dicho Georges Duby, ese gran historiador que trató de encontrar algunas de ellas en los tiempos de las catedrales, cuando nos prevenía que teníamos que resignarnos, pues lo único que pudimos captar de lo femenino durante mucho tiempo fue solo a través de la mirada de los hombres. No obstante, y a medida que algunas lograron tener acceso al saber, las más cultas se atrevieron a escribir, arriesgando a veces sus vidas, pues efectivamente “las mujeres que escriben también son peligrosas”, como nos lo recuerda el título de un bello libro que descubre la vida de mujeres sabias, cultas y escritoras, a lo largo de muchos siglos; mujeres a menudo desconocidas para el gran público e incluso amordazadas en la mayoría de los manuales o compendios de literatura universal.

En ese sentido, *Érase una mujer* tiene la particularidad de presentarnos la historia de veintidós mujeres, desde las cuatro esquinas del mundo, quienes reafirman con valentía y una fuerza y sabiduría inusitadas, un amor a la vida que toca a la locura; tal vez lo que llamamos hoy una ética del cuidado de la vida. Ahí,

encontramos las transgresoras de los edictos y mandatos de una cultura patriarcal en relación con el deber ser de las mujeres; encontramos las eternas víctimas de las miles de guerras generadas por la devastadora locura de los hombres; las madres y abuelas que no logran perder la esperanza de volver a abrazar a sus hijos o nietos desaparecidos; las valientes revolucionarias de muchas revoluciones; las que no dudaron en reclamar pan y rosas para obtener mejores condiciones de trabajo en las fábricas; otras, más sabias que los sabios, quienes conocieron los misterios del universo y sus estrellas; las brujas quienes por usurpar un poder que no les pertenecía terminaban en la hoguera y, en fin, desde nuestra primera hermana australopithecus, Lucy, todo el texto es un homenaje a las mujeres, a todas las mujeres que creyeron en un mejor mundo posible para todas y todos. Por algo la tierra se nombra a menudo como tierra madre y no puede ser sino femenina.

Ojalá este libro se convierta en un texto escolar para bachillerato, un texto que permita investigar cada vez más el tema de la participación de las mujeres; una participación difícil de discernir o de comprender si uno solo se queda en sus palabras. Tal vez en sus silencios y en lo que no lograban decir, está la clave.

*Florence Thomas*  
*Bogotá, febrero 2015*

I.  
La rebelión de las risas

Érase una mujer de sonrisa luminosa.

El tirano creyó ver entre las líneas de algún libro sagrado que la risa de las mujeres ofendía a toda la creación. No dudó por lo tanto, ni un momento, en emitir un mandato supremo en el que prohibía reír a todas las mujeres que habitaban su reino.

—Seré benigno —dijo a todos—: podrán reír en privado, donde no puedan alterar la recta moralidad. Pero si son vistas, escuchadas o hay sospechas de que ríen en público, tendrán un castigo ejemplar.

Las mujeres se miraron entre sí y aguantaron la respiración por un segundo. Sonrieron y después, sin que nadie pudiera impedirlo, rieron. No solo rieron, se carcajearon:

—Kahkaha, kehkehe, kihkihi, kohkoho, kuhkuhu.

Fue tanta y tan sonora, que a la risa cantarina de las mujeres se unieron las risas de los girasoles y de las sandías, de las campanas y de las palomas, que se encargaron de transmitir a todos las últimas noticias.

—La risa ha sido prohibida por el tirano: kahkaha, kehkehe, kihkihi, kohkoho, kuhkuhu —era la respuesta en todo el reino.

Como es bien sabido, la risa es altamente contagiosa, así que ya no solo reían mujeres, sandías, pájaros, campanas; los hombres comenzaron a reír. Reían con la boca, reían con los ojos, con la panza y con las manos batidas al aire...

—Kahkaha, kehkehe, kihkihi, kohkoho, kuhkuhu.

Aun las estrellas de cielos milenarios reían con su titilar.



El tirano, que no se daba por vencido, gritaba desde su pedestal:

—¡Las mujeres no pueden reír! ¡Su risa está proscrita!

Pero todos seguían riendo con cada respiración, ya sin poder escuchar tan necia voz. Reían hasta llorar y rieron de todo y, por supuesto, de sí mismos. Reían también por escrito y en todos los idiomas.

—¡Hahahaha, hehehehe, hihihihih, hohohoho, huhuhuhu!...

—¡Jajajajaja, jejejejeje, jujujuji, jojojoho, jujujuju!

Cuando el ataque colectivo de risa fue cesando, el eco de los hechos les siguió haciendo cosquillas por un buen tiempo. Todos terminaron con una felicidad inédita, ingrátida. La risa es rebelión, descubrieron.

Sobra decir que el tirano fue derrocado. Nadie quería que repitiera, por si acaso, su pésimo mal chiste.



*En julio de 2014, el Viceprimer Ministro de Turquía, Bülent Arınç, prohibió la carcajada de las mujeres en público. “Las mujeres no tienen que reírse en público porque tienen que ser castas”, declaró Arınç.*

*Como respuesta inmediata, las mujeres turcas no solo rieron sino que se carcajearon aprovechando las redes sociales y los medios de comunicación. En Twitter hubo más de trescientos mil mensajes con el término “kahkaha”, la palabra turca para “risa”; así como los hashtags #direnkahkaha, “la risa de la resistencia” y #direnkadin, “mujeres que resisten”.*



*"Todas terminaron con una felicidad inédita, ingravida,  
La risa es rebelión, descubrieron"*



II.  
Los muertos de ellas

Érase una mujer que tenía  
un corazón de paloma.

La mujer que érase una vez había nacido en una tierra vestida con traje verde a orillas de un gran río, el río Magdalena. En las noches de su niñez, el río era un lugar en el que aún se podía escuchar el maternal canto de los manatíes. Pero un mal día, el canto se volvió silencio y tras el silencio llegaron las balas.

—Mamá, ¿será que hay una fiesta? ¿Es pólvora o son balas?  
—preguntaba.

—Calla y duerme mi vida —contestaba la madre.

Con el tiempo, mil guerras sucesivas pasaron por la puerta de la mujer que érase una vez. Tantas fueron, que la mujer perdió la cuenta. Luego perdió la razón cuando una de estas le arrancó, como un huracán, a su marido.

—Dicen que han encontrado un muerto que bajaba por el río, comadrita —le dijo la vecina que tocó a su puerta—. Lo tienen en la plaza. ¿No será su marido?

En la plaza encontraron a una muchedumbre alrededor del muerto. La mujer que érase una vez se llenó de valentía e indagó con sus ojos el cuerpo inerte, pero no encontró jirón de piel, pelo o camisa conocida. Definitivamente no era él...

Un militar se dirigió a la muchedumbre:

—¿Este muerto es de alguien?

Solo respondió el silencio.

—Cabo, llévelo a la fosa común, que este no es de nadie — ordenó el militar.

—Ese muerto es mío.— dijo muy quedito la mujer que érase una vez...

—¿Cómo dice, señora? —preguntó el militar.

—Ese muerto es mío —dijo en voz alta la mujer y lo repitió hasta que la voz le salió en grito.

—Si es suyo... ¿cómo se llama? — Preguntó el militar incrédulo.

—Esteban. Así se llama. —a la mujer se unió la vecina.

—Sí, es Esteban, él era pescador, todos comimos de su mano.

—Entonces si es suyo, ¡entiérrenlo! —dijo el militar. Así hicieron las mujeres junto con otras que se les unieron.

Y sin importar bando, procedencia o pasado, le lavaron, le vistieron, le nombraron; le parieron de nuevo, le bautizaron e inventaron una historia feliz y una muerte noble, con nombre y epitafio.

Cada día, la historia comenzaba de nuevo...

—¿Este muerto es de alguien?

Pero en lugar del silencio, contestaban más voces de mujeres que reclamaban el muerto como si fuera de ellas...

—Moisés... este es Moisés, es nuestro... sembraba los mejores plátanos...

Finalmente, los militares ya no preguntaban cuando sacaban del río a los muertos, simplemente los dejaban en la plaza en donde las mujeres les recogían, les lavaban, les vestían; les nombraban, les parían de nuevo, les bautizaban y para ellos inventaban una historia feliz y una muerte noble, con nombre y epitafio.

Las mujeres cada semana prendían velas en el cementerio. No les lloran. Les cantan nanas de agua dulce.



*Colombia ha sido escenario en los últimos sesenta años de uno de los conflictos armados más cruentos de la historia reciente. Fuentes oficiales aceptan seis millones de víctimas por la guerra interna; cifra que es, sin duda, solo un pálido reflejo del terror que han vivido los colombianos.*

*Sin embargo, así como ha sido escenario de dolor, Colombia ha dado a luz las más conmovedoras historias de esperanza, fortaleza y sublime humanidad.*

*Puerto Berrío, Antioquia, ha sido testigo de cómo muchos de sus habitantes "hacen suyos" los muertos que trae el río. Allí los cadáveres no identificados son lavados, recogidos, sepultados y rebautizados.*



*"Y sin impartir bando, procedencia o pasado,  
le lavaron, le vistieron, le nombraron; le parieron de  
nuevo, le bautizaron e inventaron una historia feliz y  
una muerte noble, con nombre y epitafio"*



III.  
Los hijos de todas

Érase una mujer que decidió salir a buscar a su hijo, el día en que no volvió a casa.

Y fue así como en medio de plazas y avenidas, se encontró con otras madres que, como ella, reclamaban a sus hijos desaparecidos.

—¿Quién ha osado quitarnos el sagrado fruto de nuestro vientre? —muy tristes se preguntaban.

Todos en aquel país sabían la respuesta, pero callaban por miedo. Todos sabían que un gran monstruo había tomado el poder. Todos sabían que aquel monstruo era un tirano cenizo, de muchas cabezas, que odiaba la alegría, el compartir, la igualdad y otros muchos anhelos soleados del corazón humano. Él, y era una certeza, se había llevado a los hijos de estas madres sin dejar más rastro de su existencia que la memoria de quienes les amaban.

—¿Qué hacemos? —se preguntaba la madre con nombre de flor, al igual que las demás madres.

—Queremos a nuestros hijos de vuelta para tomar el mate juntos, antes del desayuno; para celebrar sus cumpleaños; para sentir el olor dulce que se eleva de sus camisas cuando las planchamos —decían. Pero nadie contestaba.

Oponían a las armas de fuego del monstruo, el fuego del amor que sentían por sus hijos. No se acobardaron. Se sumaron la una a la otra y a la otra y a la otra... hasta ser una sola. Así, el hijo de una fue hijo de todas: huesito por huesito, pisada por pisada, huella tras huella, cada hijo fue hijo de todas.

—El otro soy yo — decían mirándose a los ojos, reconociéndose.

Salieron a caminar juntas, se citaron cada jueves en la Plaza de Mayo con los pañales de tela de sus hijos atados en las cabezas. Resistían marchando alrededor del obelisco de la Plaza, en sentido contrario a las manecillas del reloj para echar el tiempo atrás, como por arte de magia, es decir, como por arte de amor.

Las lágrimas de las Madres de la Plaza de Mayo poco a poco se convirtieron en una luminosa ruta de migas que muchos siguieron. El coraje, como la risa, es siempre contagioso. Nunca dejaron de amarrarse al cinto la esperanza: marcharon con fotos de sus hijos, pusieron sus siluetas en cada rincón, hicieron volar pañuelos blancos como palomas mensajeras... y a cada calle y a cada esquina de la ciudad les preguntaron por ellos.

—Uno no sabe, de pronto los han visto pasar.

Nunca se dieron por vencidas. Nadie quería el olvido, todas necesitaban a esos hijos de vuelta. Eran los hijos de todas.

Las madres sobrevivieron al tirano. Y en ellas, sobrevivió invicto el sueño de sus hijos.



*Entre marzo de 1976 y diciembre de 1983, Argentina padeció una de las más atroces dictaduras militares en el continente americano. Más de quince mil desaparecidos, diez mil presos y cuatrocientos muertos, fueron producto de los operativos de los militares que suspendieron los principales derechos civiles. Las Madres de la Plaza de Mayo lucharon cada día por la verdad, la memoria y la justicia, en nombre de sus hijos y de la dignidad humana.*





*"Así, el hijo de uno fue hijo de todas: huesito por huesito, pisado por pisado, huella tras huella, cada hijo fue hijo de todas."*



IV.  
Pan y rosas

Érase una mujer que no tenía más que sus manos para ganar el pan de cada día.

Dueñas de su trabajo, cuando las fábricas se inventaron, las mujeres prestaron sus manos, rápidas como golondrinas, para que los hilos se dejaran tejer con gusto.

Muy pronto, sin embargo, descubrieron que las fábricas no eran los lugares que esperaban. Eran más bien sitios lúgubres, grises, en donde la respiración y las risas eran oprimidas por el tictac de un reloj interminable. Luego, casi sin respiración y sin alegrías, las mujeres se dieron cuenta que estaban volviéndose invisibles. Comenzaron a notarlo porque una parecía espejo de la otra: cada día era más difícil ver sus siluetas, aun a la luz de las claraboyas de los talleres.

Cuando regresaban a sus casas, las mujeres apenas tenían aliento para cantarles nanas a sus hijos. Ya ni siquiera eran las maestras del arte de zurcir que eran antes, ni siquiera las antiguas canciones les encendían los ojos y sus mejillas palidecían sin remedio.

Cuando estaban a punto de quedar completamente invisibles, una le susurró al oído a la otra:

—¿Te has dado cuenta? Ya casi somos invisibles, pero aún tenemos voz.

—Tenemos voz... Tenemos voz —se decían una a la otra, como una noticia de esperanza. Risitas apretadas en las manos se escuchaban aquí y allá, como brotes de temprana primavera.

Y el jardín floreció con sus voces:

—¡Reducción de la jornada laboral! ¡A igual trabajo igual salario!

Y una vocecita tímida pero firme agregó:

—Pan y rosas.

—¡Pan y rosas!... ¡Pan y rosas! —repetía el eco del corazón pulsante de más de veinte mil voces unidas.

Y las voces se escucharon en Lawrence, Chicago, Boston, Nueva York... pero no fue una batalla fácil. Mientras más se escuchaban las voces de las mujeres, más fuerte sonaban los pitos, los pistones y las calderas de las fábricas, acompañados de las voces de sus poderosos dueños.

—Si no te gustan las condiciones, hay otras mil detrás de tu puesto. Morirás de hambre si no aceptas nuestras condiciones.

Pero las mujeres no callaron:

—¡Reducción de la jornada laboral! ¡A igual trabajo igual salario! ¡Pan y rosas!

Resistieron por once semanas, hasta que no solo dejaron de ser invisibles, sino que iluminaron la oscuridad de aquellos días como una sola flama roja y rebelde.



*En 1911, en la ciudad de Nueva York, en un terrible incendio provocado, murieron 123 obreras textiles de la Triangle Shirtwaist Company. Este terrible suceso obligó a cambios decisivos en las leyes y en los derechos laborales en el mundo. Cada ocho de marzo se conmemora el Día Internacional de la Mujer en honor a la memoria de todas aquellas que soñaron con pan y rosas en nuestras mesas.*



*"Tenemos voz... Tenemos voz —se decían una a la otra,  
como una noticia de esperanza"*

v.  
El delicado aroma de los claveles rojos

Érase una mujer que vivió en un lejano país en donde las chicas soñaban con ser princesas de su reino.

No importaba si habían nacido en las barracas de San Petersburgo o de Moscú, todas soñaban con grandes palacios, bailes fastuosos e interminables; terciopelo y marfil, suave lecho; carrozas de oro, súbditos atentos al menor movimiento del dedo índice imperial... ¿acaso un príncipe azul?..

—¡Corre, corre! —decían—. Vienen el zar y su séquito. Agacha la cabeza para saludarle, es el elegido.

Y todos agachaban la cabeza mientras pasaba la caravana del déspota y sus gendarmes.

Había una vez una mujer que vivió en un lejano país en donde las chicas soñaban con ser princesas. Había nacido llena de preguntas.

—¿Por qué la tierra no es para todos?, ¿acaso el sol no sale por igual?, ¿por qué la vida de unos vale más que la de otros?, ¿acaso no somos hechos de la misma arcilla sagrada? —Pero hasta las preguntas eran prohibidas en aquel reino de monarcas y de siervos.

Érase una vez una chica que no soñó más con ser princesa de su reino, el día en que entendió que su corazón era aun más valioso que la espinela roja de la corona del zar.

Había una vez una chica que abrazó el sueño de la libertad y el sueño de la libertad la abrazó a ella con tanta y tan profunda

devoción, que no hubo gato negro ni sal derramada, ni espejo roto que parasen su deseo por empuñar su bandera hasta el final. Sus cabellos ondularon en el frente de batalla; sus ojos avisaron, advirtieron; sus manos fueron gasas de cura para los heridos.

No hay revolución que valga la pena si no tiene como guía la luz de la mirada de una mujer. No hay revolución que valga la pena si no tiene una canción con nombre de mujer en los labios de sus soldados. No hay revolución que valga la pena si no nace de la genuina inocencia de quienes creen que la rebelión es un derecho cuando hay un mal gobierno.

Hubo una vez una chica que murió en alguna pradera, en alguna calle, en alguna plaza, en algún sótano, con la convicción de ser abono para un mejor mañana.

Había una vez una chica que no tuvo entierro pomposo ni estatua en la plaza, ni más memoria que la que guarda el delicado aroma de los claveles rojos.



*Esta perfectamente podría ser la historia de Tanya, Olya, Lena, Sveta, Irina, Katia, Anya o cualquier nombre de una de las miles de mujeres que han ofrendado su vida en nombre de la libertad, haciendo posible la caída de un tirano en Rusia o en cualquier lugar del mundo. Las mujeres de la Revolución de Octubre obtuvieron, además de otros logros, el reconocimiento de los derechos de las mujeres como parte de su ardua lucha.*



*"Hubo una vez una chica que murió en alguna proclama,  
en alguna calle, en alguna plaza, en algún sótano, con  
la convicción de ser abona para un mejor mañana"*





“22 historias de  
lucha y dignidad de mujeres  
valientes de todo el mundo y  
de todos los tiempos”



COMPRAR